

Paul Kearney

Los reyes heréticos
Las Monarquías de Dios
Libro II

Traducción de
Núria Gres

 ALAMUT

En el libro anterior...

Ha transcurrido más de medio milenio desde el nacimiento del bendito Santo, Ramusio, el hombre que llevó la luz de la verdadera fe al mundo occidental. El imperio de los fimbrios, que antaño había abarcado todo el ancho continente de Normannia, no es más que un recuerdo borroso. El antiguo imperio se ha transformado en una serie de poderosos reinos, y los electorados fimbrios han permanecido aislados en el interior de sus fronteras durante más de cuatro siglos, indiferentes a los acontecimientos más allá de ellas.

Pero se han producido unos hechos que no pueden ser ignorados. Aekir, la Ciudad Santa de la frontera oriental y sede del sumo pontífice Macrobius, cabeza de la Iglesia, ha caído ante las numerosas huestes paganas de los merduk, que llevan décadas presionando las fronteras orientales de los reinos ramusianos.

Atrapado en la furia de la caída, uno de los pocos defensores supervivientes, Corfe Cear-Inaf, huye hacia el oeste. En la carretera abarrotada de refugiados traba amistad con un anciano al que los merduk han dejado ciego, y descubre que no es otro que el propio Macrobius, que ha conseguido escapar sin ser reconocido por las tropas de Shahr Baraz, el general merduk. Corfe tiene sus propios motivos de sufrimiento; ha dejado a su esposa en Aekir, y la cree muerta. Sin embargo, sin que él lo sepa, ella ha sobrevivido al asalto, para ser capturada y enviada a la corte del sultán como botín de guerra con destino a su harén. Corfe y Macrobius avanzan hacia el oeste junto a miles de personas, buscando refugio en la fortaleza impenetrable del dique de Ormann, la última línea de defensa de Occidente después de Aekir.

Entre tanto, al otro lado del continente, el navegante Richard Hawkwood regresa de un viaje para descubrir que en aquellos momentos de temor e incertidumbre los clérigos militantes de la orden inceptina están capturando a todos los practicantes de magia y extranjeros de la gran capital portuaria de Abrusio, la principal ciudad del reino de Hebrion. Dado que la mitad de los hombres de Hawkwood no son nativos de Hebrion, son arrestados y condenados a la pira. El rey de

Hebrion, Abeleyn, intenta hacer lo posible para limitar la escala de la purga en el bullicioso puerto, con lo que se ve involucrado en una batalla de voluntades con Himerius, el superior eclesiástico, que la ha instigado, y que también ha pedido a la Iglesia que le envíe ayuda en forma de dos mil Caballeros Militantes, el fanático brazo militar de la Iglesia.

El mago Bardolin también se ve afectado por la purga. Ha trabado amistad con una joven cambiaformas, a la que ha rescatado de una de las patrullas de la ciudad, pero al parecer sólo ha conseguido cierto alivio momentáneo. Entonces el mago Golophin, su antiguo profesor, consejero del rey y actualmente proscrito, le sugiere una salida. El rey hebrionés va a financiar un viaje de exploración y colonización al oeste, y sus barcos tendrán espacio para una buena cantidad de practicantes de *dweomer*, que en aquel momento son objeto de persecución en todo el reino.

El capitán de la expedición no es otro que Richard Hawkwood, al que un ambicioso noble menor, Murad de Galiapeno, ha chantajeado para que acepte tomar parte en la misión. Murad sueña con un reino propio, y cree que hay un continente perdido en algún lugar del Gran Océano Occidental. Posee un antiguo libro de rutas con la crónica de un antiguo viaje a ese continente. No revela al rey Abeleyn, ni a Hawkwood, que aquel primer viaje al oeste acabó en muerte y locura, con un hombre lobo a bordo del barco.

La expedición se hace a la mar, después de que Hawkwood se haya despedido de su caprichosa amante noble, lady Jemilla, y de su demacrada e histérica esposa Estrella. Pero aparece un último pasajero muy poco deseado a bordo de los barcos. El clérigo inceptino Ortelius embarca con los exploradores, sin duda para que la Iglesia pueda vigilar de cerca un viaje tan poco ortodoxo.

Entre tanto, en el este, los acontecimientos se precipitan. Corfe y Macrobius llegan finalmente al dique de Ormann, donde Macrobius es reconocido y bien recibido, y Corfe vuelve a convertirse en oficial del ejército toruniano. El sultán merduk, Aurungzeb, ordena un asalto inmediato al dique contra la opinión de su anciano general, Shahr Baraz. Dos asaltos sucesivos acaban en fracaso, el segundo de ellos gracias en parte a los esfuerzos del propio Corfe. Cuando el sultán ordena un tercer ataque, comunicando sus deseos a través de un homúnculo, Shahr Baraz rehúsa y mata al homúnculo, lisiando y desfigurando al mago de la corte de Aurungzeb, Orkh. Shahr Baraz huye entonces a las estepas del este, y la campaña se detiene durante el invierno. El dique de Ormann está a salvo, por el momento. Ascendido a coronel por el comandante del dique, Martellus el León, Corfe debe

escotar a Macrobius a la capital toruniana, Torunn, donde el papel del anciano pontífice adquirirá una nueva importancia.

Pues la Iglesia se ha escindido. En ausencia de Macrobius, los prelados de los Cinco Reinos han proclamado pontífice al fanático prelado de Hebrion, Himerius, quien se niega a aceptar que Macrobius esté vivo. Los acontecimientos alcanzan su clímax en el Cónclave de Reyes en Vol Ephrir, al que asisten todos los monarcas de la Normannia ramusiana. En la conferencia, tres de los reyes, Abeleyn de Hebrion, Mark de Astarac (aliado de Abeleyn y su futuro cuñado) y Lofantyr, de la asediada Torunna, reconocen a Macrobius como pontífice legítimo, mientras los demás gobernantes ramusianos del continente se ponen del lado de Himerius. Ello produce un cisma religioso de enormes proporciones, y la perspectiva de una guerra fratricida entre los estados ramusianos justo en el peor momento de la amenaza merduk. Pero ése no es el único acontecimiento de importancia que tiene lugar en el Cónclave.

Los fimbrios, aislados durante tanto tiempo, han enviado representantes a la asamblea para ofrecer los servicios de sus tropas a cualquier estado que las necesite... a cambio de un precio. El atribulado Lofantyr de Torunna acepta la oferta de inmediato, y solicita que una fuerza fimbria acuda en ayuda de sus desgastadas tropas en el dique de Ormann. Pero Abeleyn está inquieto, seguro de que los fimbrios tienen algún objetivo secreto, tal vez con miras a restablecer su antiguo imperio.

A la conclusión del Cónclave, entre un ambiente de desconfianza y hostilidad, Abeleyn recibe otra noticia importante. Su nueva amante, lady Jemilla, le informa de que está embarazada de su hijo. Abeleyn emprende el regreso a su país sabiendo que la Iglesia ha hecho todo lo posible para apoderarse de su reino durante su ausencia, y que hay un heredero bastardo en camino.

Mientras Normannia es desgarrada por la guerra y las disputas religiosas, los dos barcos de Hawkwood avanzan hacia el oeste sin contratiempos. Ante la irritación de Hawkwood, Murad toma a un par de pasajeras como sirvientas y compañeras de cama. Una de ellas es la protegida de Bardolin, la joven cambiaformas, Griella. La muchacha odia a Murad, pero hay algo en ella que responde a su crueldad, igual que él responde a la extraña naturaleza animal que percibe en Griella. Bardolin está al mismo tiempo celoso y asustado de las consecuencias de aquella relación, pero no puede hacer nada al respecto.

El barco sobrevive a una terrible tormenta, pero pierde el rumbo. Cuando llega la calma, Hawkwood recurre a los talentos de Pernicus, un brujo del clima, para atraer el viento, pese a las objeciones del

inceptino, Ortelius, que insiste en que el viaje está maldito. Llega el viento, pero no dura mucho tiempo. Pernicus es encontrado muerto en la bodega, con heridas aparentemente infligidas por algún tipo de bestia.

Durante el avance hacia el oeste, los dos navíos pierden el contacto, y Hawkwood ignora si su otro barco continúa a flote o se ha hundido. Sin embargo, tiene problemas suficientes para ocuparlo en su propio barco. Su primer oficial también es asesinado, y un asistente de camarote desaparece. Bardolin, seguro de que Griella está detrás de los crímenes, se enfrenta a ella, pero acaba convencido de que la muchacha es inocente, lo que resulta muy desconcertante. El barco empieza a parecer una prisión, con guardias por todas partes y una tripulación aterrada y al borde del motín. Sólo la autoridad de Hawkwood y la salvaje disciplina de Murad mantienen a raya a los pasajeros y la tripulación.

Pero una negra noche, la bestia ataca a Hawkwood, Murad y Bardolin. Dos cambiaformas toman parte en el ataque: uno de ellos resulta ser Ortelius, y el otro el asistente desaparecido, deseoso de vengarse de Hawkwood desde que éste lo abandonó. En la batalla subsiguiente, Griella toma forma de bestia para proteger a su amante Murad, y Bardolin acaba con el otro licántropo con un rayo de *dweomer*. Griella muere a consecuencia de sus heridas, dejando a Murad horrorizado y presa del dolor.

El desdichado barco continúa avanzando, y finalmente los vigías avistan tierra. Han llegado por fin al Continente Occidental, pero son los únicos. En el arrecife que rodea la extraña costa, distinguen los restos del naufragio del otro barco de Hawkwood, y no hay rastro de supervivientes.

El viaje de Hawkwood termina con los exploradores poniendo el pie en las costas del nuevo territorio. Ignoran qué les espera a continuación, pero saben que Ortelius trataba de impedirles que llegaran, del mismo modo que algo ha impedido a todos los barcos sobrevivir al viaje al oeste durante más de tres siglos. Sospechan que el nuevo mundo está habitado. Pero, ¿por quién, o por qué?

Éste es el siglo del soldado.

Fulvio Testi, 1641

Normannia y territorios adyacentes



Prólogo

Los hombres siempre avanzan hacia el oeste. ¿Tendrá algo que ver con el camino del sol? El oeste los atrae como la llama de una vela a las polillas.

Han pasado muchos años, y aquí continúo: el último de los fundadores, con un cuerpo que ya casi no es mío al llegar el fin. He visto pasar cuatro siglos en el mundo, y su paso apenas ha marcado ningún cambio en la tierra que he convertido en mi hogar. Los hombres cambian, y les gusta creer que el mundo cambia con ellos. No es cierto; el mundo se limita a tolerarlos y continuar con sus revoluciones ancestrales.

Y sin embargo hay algo en el aire, como un susurro de invierno en este país que no conoce estaciones. Siento que se acerca un cambio.

Llegaron siguiendo el rumbo azafrán y escarlata del sol poniente, como siempre supimos que ocurriría, con sus altos barcos arrastrando guirnaldas de algas en los cascos devorados por los gusanos.

Los observamos desde la jungla. Hombres con armaduras llenas de sal y rostros hinchados por el escorbuto, armados con espadas y lanzas, y, más tarde, con apestosos arcabuces de mechas lentas que centelleaban y siseaban con el viento. Hombres enjutos de Hebrion, de Astarac o Gabrion; los navegantes y exploradores del Viejo Mundo. Rudos bucaneros con los ojos cegados por la avaricia.

Nosotros llegamos huyendo de algo; ellos venían buscando. Les dimos terror para llenar los estómagos y pesadillas para sus bolsas. Los convertimos en presas, y tomamos de ellos lo que deseamos.

Sus barcos se pudrieron lentamente en sus amarras, descuidados y llenos de fantasmas. A unos cuantos, muy pocos, les permitimos vivir, para que llevaran la historia a las Monarquías de Dios. De este modo se creó el mito. Ocultamos nuestra tierra tras una cortina de historias fantásticas y rumores siniestros. Cubrimos la realidad con la hipérbole de locura; forjamos una leyenda como la hoja de una espada sobre el yunque de un herrero. Y la templamos con sangre.

Pero el cambio se acerca. Hemos pasado aquí cuatro siglos, y nuestra gente ha ido regresando lentamente al este de acuerdo con el plan. Ahora están en todos los puntos de Normannia. Dirigen soldados, predicán a las multitudes, vigilan las cunas. Algunos aconsejan a los reyes.

Ha llegado el momento de que nuestras quillas vuelvan a cruzar el Océano Occidental y recuperen lo que es nuestro. La bestia aparecerá al final. Cada lobo tendrá su momento.

Primera parte

Cisma

Año del Santo 551

Hacia rato que habían sonado las vísperas, pero el hermano Albrec había fingido no enterarse. El monje mordió el extremo de su pluma, de modo que algunos fragmentos húmedos cayeron sobre el banco, pero no se percató de ello. Su rostro, parpadeando a la débil luz de la lámpara, se parecía al de un topo miope, agudo e inquisitivo. La mano le temblaba al dar la vuelta a la página de un antiguo pergamino que yacía ante él. Cuando una esquina del documento se desintegró al contacto de sus ágiles dedos, emitió un débil gemido con la parte trasera de la garganta, como un perro cuyo amo abandona sin él la habitación.

Las palabras del pergamino estaban delicadamente trazadas, pero la tinta se había desteñido. Era un documento extraño, pensó. No había ninguna de las ilustraciones que siempre había considerado un adorno necesario en los textos sagrados de Ramusio. Sólo palabras, escuetas, desnudas y elegantemente escritas, pero desvaneciéndose bajo el peso de tantos años.

El pergamino era de mala calidad. Se preguntó si el antiguo escriba no conocía la vitela, pues se trataba de un documento escrito a mano, no producido en las famosas imprentas de Charibon. Era muy antiguo.

Y, sin embargo, parecía que el autor no hubiera querido atraer demasiada atención sobre su obra. De hecho, el manuscrito había sido descubierto oculto en una rendija de la pared, en uno de los niveles inferiores de la biblioteca, en forma de fajo de pergaminos irregulares. El hermano Columbar se lo había llevado a Albrec. La primera idea del monje había sido utilizarlo como papel secante para el *scriptorium*, pues Charibon todavía producía libros escritos a mano. Pero la escritura perfecta apenas visible del pergamino le había hecho vacilar y solicitar la opinión del bibliotecario asistente. La curiosidad natural de Albrec había hecho el resto.

Estuvo a punto de detenerse y levantarse para advertir al bibliotecario jefe. Pero algo mantenía al pequeño monje clavado allí, leyendo con fascinación mientras los demás hermanos sin duda habían empezado ya a cenar.

El trozo de pergamino tenía cinco siglos de antigüedad. Era casi tan antiguo como la propia Charibon, la más sagrada de todas las universidades monasterio tras la desaparición de Aekir. Cuando el autor desconocido escribía sus palabras, el bendito Ramusio acababa de ascender al cielo; era concebible que aquel gran acontecimiento hubiera tenido lugar durante la vida del escritor.

Albrec contuvo la respiración mientras el pergamino, delgado como un pétalo, se pegaba a sus dedos sudorosos. Le daba miedo respirar encima de él, temiendo que aquel texto, antiguo e irremplazable, se emborronara y quedara ilegible, o que se desintegrara como la arena bajo un céfiro repentino.

... y le suplicamos que no nos dejara solos y desamparados en un mundo tan oscuro. Pero el bendito Santo se limitó a sonreír. «Soy un hombre anciano», dijo. «Os dejo para que continuéis lo que yo he empezado; mi tiempo aquí ha terminado. Todos sois hombres de fe; si creéis en las cosas que os he enseñado y ponéis vuestras vidas en manos de Dios, no hay necesidad de tener miedo. El mundo es un lugar oscuro, sí, pero se ha oscurecido por voluntad del hombre, no de Dios. Es posible cambiar el curso de la historia: lo hemos demostrado. Recordad, en los años venideros, que no sólo sufrimos la historia; también la creamos. Todo hombre tiene la capacidad de cambiar el mundo. Todo hombre tiene una voz con la que hablar; y si esa voz es silenciada por los que no quieren escuchar, otro hablará, y luego otro. La verdad puede silenciarse durante un tiempo, sí, pero no para siempre...

El resto de la página había sido arrancado. Albrec hojeó los fragmentos indescifrables que la seguían. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y parpadeó para ahuyentarlas al comprender que las partes que faltaban estaban perdidas por completo. Era como si alguien diera una gota de agua a un hombre perdido en el desierto, para derramar después un cuarto de galón sobre la arena.

Finalmente, el menudo clérigo se levantó del duro banco y se arrodilló para rezar sobre el suelo de piedra.

La vida del Santo, un texto original que nadie había visto hasta entonces. Contaba la historia de un hombre llamado Ramusio, que había nacido, vivido y envejecido, que había reído, llorado y pasado noches en vela. La historia de la figura central de la fe del mundo

occidental, escrita por un contemporáneo... posiblemente incluso por alguien que lo había conocido personalmente.

Aunque una gran parte se había perdido, también se había ganado mucho. Era un milagro, y se le había concedido a él. Dio gracias a Dios de rodillas por habérselo concedido. Y rezó a Ramusio, el bendito Santo al que empezaba a ver como a un hombre; un ser humano igual que él mismo, aunque infinitamente superior, por supuesto. No la imagen icónica que la Iglesia había creado a partir de él, sino un hombre. Y todo gracias a aquel documento increíblemente precioso que tenía ante sí.

Regresó a su asiento, limpiándose la nariz con la manga del hábito, besando su humilde símbolo del Santo hecho de madera de roble. Aquel texto no tenía precio; era comparable al *Libro de los Hechos* compilado por San Bonneval en el siglo I. Pero, ¿cuántas partes se habían conservado del texto original? ¿Cuántas partes eran legibles?

Volvió a inclinarse sobre el texto, ignorando los pinchazos de dolor que le recorrían los hombros y el cuello.

Ningún título o portada, nada que pudiera indicar la identidad del autor o su patrono. Albrec sabía que, cinco siglos atrás, la Iglesia no poseía el monopolio casi total del conocimiento del que gozaba en aquellos momentos. En los tiempos del autor del texto, aún quedaban muchas partes del mundo sin convertir a la verdadera fe, y los nobles ricos protegían a escribas y artistas en un centenar de ciudades a cambio de que copiaran antiguos textos paganos, o incluso de que inventaran textos nuevos. La alfabetización estaba más extendida. Pero con la llegada al poder de los inceptinos, unos doscientos años atrás, la alfabetización había vuelto a declinar, pasando a ser una prerrogativa de los profesionales. Se decía que todos los antiguos emperadores fimbrios sabían leer y escribir, mientras que hasta hacía muy poco, casi ningún rey occidental había sido capaz de deletrear su propio nombre. La situación había cambiado con la nueva generación de reyes recién llegada al poder, pero los gobernantes más viejos aún preferían un sello a una firma.

Le escocían los ojos, y Albrec se los frotó, haciendo brotar luces de la oscuridad bajo sus párpados cerrados. Su amigo Avila lo habría echado de menos durante la cena, e incluso era posible que lo estuviera buscando. A menudo regañaba a Albrec por saltarse las comidas. No importaba. Cuando viera la joya que había descubierto...

El leve golpe de una puerta al cerrarse. Albrec parpadeó, mirando a su alrededor. Una mano cubrió el antiguo documento con un montón de papeles sueltos, mientras la otra alcanzaba la lámpara.

—¿Hola?

No hubo respuesta. La sala de los archivos era larga y estaba aba-

rrotada, con estanterías llenas de montones de libros y pergaminos que la dividían en compartimentos. También estaba totalmente a oscuras, a excepción del lugar donde la temblorosa llama de la lámpara de Albrec parpadeaba en un cálido círculo de luz amarilla.

Nada.

La biblioteca contaba con sus propios fantasmas, por supuesto; ¿qué edificio antiguo no los tenía? En ocasiones, los clérigos que trabajaban hasta muy tarde habían percibido un aliento gélido en las mejillas, o sentido una presencia observadora. En una ocasión, el bibliotecario jefe, Commodius, había tenido que pasar una noche en vela en la biblioteca rezando a Garaso, el santo cuyo nombre llevaba el edificio, porque algunos novicios sentían verdadero terror de las sombras que juraban que se reunían allí después de oscurecer. No había sucedido nada, y los novicios habían sido blanco de las burlas durante muchas semanas después.

Un arañazo en la oscuridad, más allá de la luz de la lámpara. Albrec se puso en pie, aferrando su símbolo del Santo en forma de A.

—«Dulce Santo que velas por mí/en los espacios sin luz de la noche» —dijo, recitando la antigua oración de viajeros y peregrinos—, «sé mi lámpara, mi guía y mi báculo,/y protégeme de la ira de la bestia.»

Dos luces amarillas parpadearon en la oscuridad. Albrec tuvo una impresión momentánea de algo enorme agazapado en las sombras. La insinuación de un hedor animal que duró sólo un segundo, y luego desapareció.

Alguien estornudó, y el sobresalto de Albrec sacudió la mesa detrás de él. La lámpara tembló y el pábilo siseó cuando el aceite se le derramó encima. Las sombras se cernieron sobre él mientras la iluminación vacilaba. Albrec sintió que el duro roble del símbolo crujía bajo los huesos de sus pálidos dedos. No podía hablar.

De nuevo una puerta, y el ruido de pies desnudos sobre la piedra del suelo. Una forma surgió de la oscuridad.

—Os habéis vuelto a perder la cena, hermano Albrec —dijo una voz.

La figura avanzó hacia la luz. Una cabeza alta, demacrada, casi sin cabello, con unas orejas enormes y unas cejas fantásticamente arqueadas a cada lado de una gran nariz. Los ojos eran brillantes y amistosos. Albrec soltó un suspiro tembloroso.

—¡Hermano Commodius!

Una ceja se elevó rápidamente.

—¿A quién esperabais? El hermano Avila me ha pedido que os buscara. Está haciendo penitencia de nuevo: el vicario general sólo puede tolerar un número limitado de guerras de pan durante una noche, y la puntería de Avila no es demasiado buena. ¿Habéis estado cavando en el polvo en busca de oro, Albrec?

El bibliotecario jefe se acercó a la mesa. Siempre andaba descalzo, en invierno y en verano, y sus pies, anchos y de uñas negras, estaban en consonancia con su nariz.

Albrec había recuperado el control de su respiración.

—Sí, hermano. —De repente, la idea de contar su descubrimiento al bibliotecario jefe dejó de parecerle atractiva. Empezó a balbucear—. Algún día, espero encontrar allí abajo algo maravilloso. ¿Sabíais que casi la mitad de los textos de los archivos de abajo nunca han sido catalogados? ¿Quién sabe lo que podría esperarme?

Commodius sonrió, convirtiéndose en una especie de ogro alto y cómico.

—Aplaudo vuestro esfuerzo, Albrec. Sentís verdadero amor por la palabra escrita. Pero no olvidéis que los libros no son más que los pensamientos de los hombres hechos visibles, y no todos esos pensamientos pueden ser tolerados. Muchos de los textos sin catalogar de los que habláis son sin duda heréticos; miles de pergaminos y libros fueron traídos aquí desde toda Normannia en los días de las Guerras Religiosas, para que los inceptinos los examinaran. La mayor parte fueron quemados, pero se dice que muchos quedaron abandonados y olvidados en los rincones. De modo que debéis tener cuidado con lo que leéis, Albrec. Ante el menor indicio de heterodoxia en un texto, deberéis traérmelo. ¿Queda claro?

Albrec asintió. Estaba sudando. En algún lugar de su mente se estaba preguntando si ocultar hechos podría considerarse un pecado. Recordó su colección privada de pergaminos y manuscritos, que había conservado para preservarlos del fuego, y su intranquilidad se agudizó.

—Estáis blanco como el papel, Albrec. ¿Qué sucede?

—Yo... Me pareció que había algo más aquí, antes de que entrarais.

En aquella ocasión, las dos cejas ascendieron por la cabeza lampiña.

—La biblioteca ha vuelto a hacer de las suyas, ¿eh? ¿Qué ha sido esta vez? ¿Un susurro en la oreja? ¿Una mano en el hombro?

—Ha sido... una sensación, nada más.

Commodius apoyó una mano enorme y de nudillos nudosos en el hombro de Albrec y lo sacudió afectuosamente.

—La fe es muy fuerte en vos, Albrec. No tenéis nada de que preocuparos. Los fantasmas que puedan habitar en esta biblioteca no pueden tocaros. Estáis protegido por la armadura de la verdadera fe; vuestra fe es al mismo tiempo un faro que ilumina la oscuridad, y una espada para destruir a las bestias que se ocultan en ella. El miedo no puede conquistar el corazón de un verdadero creyente en el Santo. Ahora venid; quiero rescataros durante un rato del polvo y los fantasmas. Avila os ha reservado algo de cena, e insiste en que os obligue a comerla.

Una gran mano alejó irresistiblemente a Albrec de su mesa de trabajo, mientras la otra tomaba la lámpara. El hermano Commodius volvió a estornudar.

—Ah, el polvo acumulado durante los años. Se mete en el pecho, ¿sabéis?

Cuando hubieron salido de la oscura estancia, Commodius extrajo una llave de su hábito y cerró la puerta tras ellos. Y los dos ascendieron por la biblioteca hacia la luz y el bullicio de los refectorios.

Muy al oeste de los claustros de Charibon, al otro lado de las cumbres heladas de las montañas de Malvennor. Allí, entre las montañas y el mar, se abre un amplio territorio, un país antiguo y cuna de un imperio.

La ciudad de Fimbir se había construido sin murallas. Los electores decían que su capital estaba fortificada por los escudos de los soldados fimbrios; no necesitaban otra defensa.

Y lo que decían era cierto. Era casi la única capital de Normannia que nunca había sufrido un asedio. Ningún guerrero extranjero había penetrado en la enorme ciudad de los electores a menos que llevara tributo o buscara ayuda. La Hegemonía de los fimbrios había terminado siglos atrás, pero su ciudad aún llevaba las marcas del imperio. Abrusio era más populosa, y Vol Ephrir más bella, pero Fimbir había sido construida para impresionar. Los poetas decían que, si alguna vez era abandonada, los hombres de las generaciones venideras creerían que había sido erigida por manos de gigantes.

Al este de la ciudad se encontraban los terrenos de acampada y campos de entrenamiento del ejército fimbrío. Se habían desbrozado y aplanado cientos de acres para conseguir un tablero de juegos bélicos donde los electores pudieran aprender a mover sus piezas. Se había erigido una colina artificial al sur de los campos para proporcionar a los generales un lugar privilegiado desde donde estudiar los resultados de sus tácticas y estrategias. Se decía que nunca había ocurrido nada en una batalla que no hubiera sido replicado y estudiado en los campos de entrenamiento de Fimbir. Tales eran las historias que los tercios de conquistadores habían engendrado a lo largo de los años y por todo el continente.

Había un grupo de hombres en el punto de observación de la colina que dominaba los campos. Tanto los generales como los suboficiales llevaban media armadura negra, y las diferencias de rango se marcaban sólo con las bandas escarlata que algunos lucían envueltas en los cinturones.

Estaban en pie en torno a una mesa de piedra, utilizada desde siempre en aquel lugar, cubierta de mapas y piezas. El mismo Coprenius

Kuln, el primer emperador fimbrio, había ordenado instalarla allí ochocientos años atrás.

Los caballos esperaban a un lado, listos para transportar a los correos que debían transmitir las órdenes. Los fimbrios no creían en la caballería, y aquél era el único uso que daban a los animales.

En los campos de entrenamiento marchaban y contramarchaban grandes formaciones de hombres. Habría unos quince mil soldados, y sus pies atronaban contra el suelo, endurecido con las primeras escarchas. El sol de la fría mañana centelleaba en las puntas de las picas y en las culatas de los arcabuces que los soldados llevaban al hombro. Parecían los juguetes de un dios, abandonados en el suelo de una habitación infantil, que hubieran cobrado vida de repente.

Dos hombres se separaron del grupo de oficiales de la colina y se situaron al margen, contemplando la panoplia y magnificencia de las formaciones de abajo. Eran de mediana edad, estatura media, anchos de hombros y enjutos de mejillas. Podrían haber sido hermanos, aunque uno de ellos tenía un agujero negro donde debería haber estado su ojo izquierdo, y el cabello de aquel lado de su cabeza se había vuelto de plata.

—El correo, Caehir, se suicidó anoche —dijo el tuerto.

El otro asintió.

—¿Y las piernas?

—Se las cortaron a la altura de la rodilla; no hubo manera de salvarlas. La gangrena se había extendido demasiado, y no quiso vivir como un tullido.

—Un buen hombre. Es una lástima que perdiera la vida sólo a causa del frío.

—Cumplió con su deber. El mensaje llegó. En este momento, Jonakait y Merkus estarán ya en los pasos de las montañas. Esperemos que corran mejor suerte.

—Desde luego. De modo que los Cinco Reinos se han escindido. Tenemos dos pontífices y una guerra religiosa en ciernes. Y todo ello mientras los merduk aúllan a las puertas de Occidente.

—Los hombres del dique de Ormann deben ser buenos soldados.

—Sí. Fue una auténtica batalla. Los torunianos son buenos guerreros.

—Pero no son fimbrios.

—No, no son fimbrios. ¿A cuántos de los nuestros enviaremos en su ayuda?

—Un gran tercio, nada más. Debemos tener cuidado, y ver cómo progresa esta división de los reinos.

El fimbrio del rostro ileso asintió sin mucha convicción. Un gran tercio comprendía unos cinco mil hombres: tres mil piqueros y dos mil arcabuceros, más la multitud de herreros, armeros, cocineros, muleros,

asentadores y oficiales de intendencia que los acompañaban. Tal vez unos seis mil.

—¿Bastarán para salvar el dique?

—Es posible. Pero nuestra prioridad no es tanto salvar el dique como establecer una presencia militar en Torunna, recuerda.

—Creo que corro el peligro de empezar a pensar como un general en lugar de como un político, Briscus.

El tuerto llamado Briscus sonrió, mostrando una hilera de dientes llena de brechas.

—Kyriel, eres un viejo soldado que huele el humo de pólvora en el viento. Yo también lo soy. Por primera vez desde tiempo inmemorial, nuestra gente abandonará las fronteras de los electorados para luchar contra los paganos. Es un acontecimiento que hace hervir la sangre, pero no debemos permitir que afecte nuestro juicio.

—No me acaba de gustar eso de alquilar a nuestros hombres como mercenarios.

—A mí tampoco; pero cuando un estado tiene setenta mil soldados desempleados, ¿qué otra cosa puede hacer con ellos? Si el mariscal Barbius y su contingente impresionan a los torunianos lo suficiente, todos los reinos ramusianos empezarán a gritar pidiéndonos nuestros tercios. Llegará el momento en que todas las capitales tendrán su contingente de tropas fimbrias, y entonces...

—¿Y entonces?

—Entonces veremos qué hacemos... si eso llega a ocurrir.

Se volvieron para contemplar los campos de entrenamiento una vez más. Los dos hombres iban vestidos de igual modo que los demás oficiales de la colina, pero eran electores fimbrios y representaban a la mitad del cuerpo legislativo de su peculiar país. Una palabra suya, y aquel ejército de miles de hombres abandonaría los campos de entrenamiento para arrojarse al caldero de la guerra en cualquier lugar donde decidieran librarla.

—Vivimos en una época en que todo cambiará —dijo en voz baja el tuerto Briscus—. El mundo de nuestros antepasados está al borde de la desaparición. Lo siento en los huesos.

—Una época de oportunidades, también —le recordó Kyriel.

—Por supuesto. Pero creo que antes del fin todos los políticos tendremos que pensar como soldados y los soldados como políticos. Me recuerda a la última batalla junto al río Habrir. El ejército sabía que los electores habían firmado ya la cesión del ducado de Imerdon, y sin embargo aquella mañana nos desplegamos y luchamos por él. Vencimos, y obligamos a los hebrioneses a retirarse en desbandada al otro lado de los vados. Luego recogimos nuestros muertos y abandonamos Imerdon para siempre. Es la misma sensación: que nuestros soldados

pueden ganar cualquier batalla que entablemos, pero que ello no afectará al resultado final.

—Estás muy filosófico esta mañana, Briscus. No es propio de ti.

—Perdóname. Es un riesgo de la edad avanzada.

Desde la formación de abajo se elevaron pequeñas columnas de humo, y segundos después les alcanzó el rugido del fuego de los arcabuces. Los regimientos de arcabuceros competían unos con otros para ver quién recargaba más rápido, y se habían erigido hileras de blancos en forma de figuras de paja sobre la llanura. Las ráfagas se sucedieron, hasta que pareció que la misma tierra estaba generando un trueno agudo que trataba de arañar el cielo. La llanura quedó oscurecida por las nubes de humo de pólvora, la niebla de la guerra en su sentido más literal. Su olor intoxicante alcanzó a los dos electores en la ladera, que lo olfatearon como podencos a una liebre en una mañana de primavera.

Una tercera figura abandonó el grupo de oficiales en torno a la mesa de piedra y permaneció en silencio junto a los electores hasta que éstos se fijaron en él. Era un hombre cuadrado, que compensaba en anchura lo que le faltaba en altura. Incluso su barbilla era regular como el borde de una pala, y su boca una hendidura sin labios parcialmente oscurecida por un grueso mostacho rojo. Su cabello era tan corto que se erguía como la crin de un caballo recién recortada; la marca de un hombre acostumbrado a llevar yelmo.

—¿Y bien, Barbius? —preguntó Briscus al otro hombre—. ¿Qué tal lo hacen?

Barbius miró fijamente ante él.

—Serán tan útiles como un grupo de modistillas en una mañana fría, señor.

Briscus soltó una carcajada.

—Pero, ¿servirán?

—Les haré trabajar un poco más antes de irnos, señor. Tres descargas por minuto, ése es nuestro objetivo.

—Los torunianos se consideran bien entrenados si consiguen hacer dos en ese tiempo —dijo Kyriel en voz baja.

—No son torunianos, señor... con todos los respetos.

—¡Muy cierto, por Dios! —dijo Briscus con fervor. Su único ojo centelleó—. Quiero que tu mando sea lo más perfecto posible, Barbius. Éste será el primer ejército fimbrio que el resto de los reinos hayan visto en acción en veinticinco años. Queremos impresionarlos.

—Sí, señor. —El rostro de Barbius tenía toda la animación de un yelmo cerrado.

—¿La intendencia?

—Cincuenta carretas, ochocientas mulas. Viajaremos ligeros, señor.

—¿Y conoces bien la ruta?

Barbius se permitió una leve sonrisa.

—Por las colinas de Naria vía Tulum, y luego a Charibon para la bendición pontificia. Por la costa sureste del mar de Tor, y hasta Torunna por el paso de Torrin.

—¿Y otra bendición pontificia del otro pontífice? —preguntó Kyriel, con los ojos brillantes.

—¿Se te ha informado sobre cuál ha de ser tu comportamiento y el de tus hombres? —dijo Briscus, que había recuperado la seriedad.

—Sí, señor. Hemos de ser todo lo respetuosos posible con el pontífice y las autoridades eclesiásticas, pero no debemos desviarnos de nuestra línea de marcha.

—No hay nada en esa línea que tenga la más mínima posibilidad de detener a un gran tercio fimbrio —dijo Briscus, entrecerrando el ojo—. Pero debes evitar cualquier fricción, especialmente con los almarkanos. ¿Está claro, mariscal? Eres un funcionario sin nombre; estás obedeciendo órdenes. Todas las quejas, protestas y similares deberán dirigirse a Fimbir, y tú no puedes demorar tu marcha por ningún motivo.

—Por supuesto, señor.

—Dejemos que crean que eres un soldado sin opinión propia cuyo trabajo consiste sólo en obedecer órdenes. Si te detienes a discutir con ellos, aunque sólo sea una vez, te envolverán en sus entresijos de ley inceptina y te dejarán incapacitado. Este ejército debe llegar a su destino, mariscal.

Barbius miró por primera vez directamente al ojo del elector.

—Lo sé, señor.

—Muy bien. Buena suerte. Puedes retirarte.

Barbius se golpeó la coraza con un antebrazo y los dejó. Kyriel contempló su marcha, tirándose del labio inferior en un gesto inquieto.

—Estamos caminando por la cuerda floja, Briscus.

—Como si no lo supiera. Himerius tendrá que aceptar que vamos a ayudar a Torunna, tenga o no tenga un rey hereje; pero no podemos permitirnos antagonizarlo por completo.

—Comprendo a qué te referías con lo de los soldados y los políticos.

—Sí. Vivimos en un mundo complicado, Kyriel, pero últimamente se ha vuelto incluso más interesante que antes.